

CORREO LATINOAMERICANO

Elena y María Esther, Periodistas Escritoras

Angel Rama

MEXICO.— ¿Dentro de cuál movimiento clasificarlas? ¿Dentro del feminista de emancipación que no es patrimonio exclusivo de la Sra. Kate Millet sino que, con formas propias, recorre América Latina? ¿Dentro de la renovación de la técnicas literarias gracias al uso de nuevos instrumentos mecánicos? ¿O acaso, simplemente, en el más ancho de reivindicación social y de justicia que mueve a vastos conglomerados humanos y no simplemente a las mujeres?

En todo caso hay que partir de una comprobación insólita: las formas más vivaces del periodismo latinoamericano y los ensayos de una literatura testimonial muy al día, tienen como principales ejercitantes a dos mujeres que no se conocen entre sí y que están situadas en dos extremos del continente: es, en México, Elena Poniatowska y es, en el Uruguay, María Esther Gilio. Y si *La noche de Tlatelolco* de la primera, ha alcanzado ya, en sólo un año, quince ediciones sucesivas, *La guerrilla tupamara* de la segunda ha tenido un premio de la Casa de las Américas y tres ediciones en sendos países del continente, tratándose en ambos casos de nuevas elaboraciones del periodismo puestas al servicio de una captación viviente y solidaria de los procesos revolucionarios de América Latina.

muy apuesto porque la emperatriz Catalina de Rusia lo tomó como su favorito. Luego de un tiempo, quizás para sustituirlo, porque era mujer de gustos variados, y además posiblemente en agradecimiento, lo alejó de Moscú designándolo rey de Polonia. De ahí viene el origen real de la familia. Cuando la división de Polonia se trasladaron a Francia donde siempre residieron: hay un Poniatowski que es asesor de Giscard d'Estaing. No, mi padre conoció a mi madre en Francia: una hacendada mexicana que veraneaba en Niza, atractiva como su nombre, Lupe Amor. Si no fuera por la Segunda Guerra Mundial no hubieran venido a México. Me trajeron de ocho años, sin que conociera una palabra de español. En casa siempre se habló inglés y francés y hasta el día de hoy mi madre habla con las erres arrastradas francesas como Carpentier. Esa fue mi casa en mi adolescencia y juventud y se comprende que el periodismo haya sido para mí una liberación. Comencé a trabajar en él para ser independiente.

Pero también comenzó a escribir cuentos y novelas, ya que la literatura venía como parte de la educación recibida, con la subyacente nota ornamental que en esos casos la distingue. Efectivamente acumuló cinco títulos en pocos años, los que no motivaron atención: se trataba

Aunque no conviene extremar el paralelo —son bien distintas sus formaciones culturales, sus coordenadas intelectuales, los medios sociales en que actúan— a mí se me emparentan por un aire común de desconcierto ante el mundo, de verdadera descolocación frente a una realidad a la que parecen arrojadas bruscamente y la que quizás perciben con más agudeza que otros en razón justamente de que desconocen sus leyes no escritas. El pestañeo incesante de María Esther Gilio, la mirada fija, como despavorida, de Elena Poniatowska, testimonian esta sorpresa ante todo, la falta de convivencia con las formas estatuidas, que les lleva a mirarlas con inocencia y, lógicamente, a descubrir azoradas ese funcionamiento de la injusticia que los demás ya parecen no percibir. "Yo era muy ignorante al principio, cuando comencé a hacer reportajes, me dice Elena, y te aseguro que si le preguntaba a Siqueiros por los dientes de leche era porque no conocía casi nada de su obra". Del mismo modo, los iniciales reportajes de María Esther sobre los pintores De Simone y Javier Cabrera, resultaron sorpresivamente nuevos y frescos porque quien los hacía no sabía mucho de pintura y, a modo de compensación, procuraba pesquisar al ser humano, tocar la verdad de su secreta naturaleza. Esta inocencia puede percibirse en los libros en que ambas recogieron sus primeros reportajes: *Palabras cruzadas* de Elena Poniatowska, donde Alejo Carpentier cuenta, por única vez sin engolamiento, su vida y literatura, y *Protagonistas y sobrevivientes* de María Esther Gilio, donde por primera vez Juan Carlos Onetti parece vencer su timidez y se atreve a mostrar su intimidad.

Ambas llegaron tardíamente al periodismo, cuando ya habían establecido familias y tenido hijos; en el caso de Gilio sin abandonar su oficio, la abogacía, que en verdad no le interesa nada pero al que apela para ayudar a los presos políticos, única razón por la cual no se ha desprendido de ese vestido gris y dedicado enteramente a todos los lenguajes que parecen nacer bajo la cobertura del periodismo moderno y que van del mero reportaje a la novela documental o al cine testimonio. Para Elena Poniatowska, el periodismo fue, hace quince años, la forma de conquistar la independencia humana saliendo de una campana familiar bella y ahogante. Mientras me hace un reportaje le voy haciendo otro y le pregunto burlescamente por ese apellido de princesa polaca.

Pero sí, me dice, eso empieza con mi tatatarabuelo, Stanislas Poniatowski, que era un noble polaco y seguramente

que no motivaron atención; se trataba del camino tradicional de las letras en una línea menor. Había que esperar a la utilización más decidida de las técnicas de documentación oral que comenzaron a emplear, antes que nadie, los sociólogos del tipo de Oscar Lewis, para que los intentos literarios revelaran una novedad que hasta entonces no se había percibido. Fue el caso de su novela *Hasta verte Jesús mío*, una construcción de subrepticio aire documentalista. Digo subrepticio porque no siempre corresponde a las concretas operaciones de la composición y Elena Poniatowska ha desarrollado un conocimiento del sistema de la entrevista que le permite inventarla verosimilmente en cualquier momento.

En *La noche de Tlatelolco*, que es una reconstrucción de los sangrientos episodios de la Plaza de las Tres Culturas en 1968, no siempre ha sido la grabadora el instrumento utilizado y si la autora afirma que todo el material corresponde a testimonios verdaderos, ese aire de verosimilitud y dramatismo que recorre la sucesión brevísima y polifónica de los fragmentos que componen el volumen, es frecuentemente un fenómeno literario, no un registro mecánico, sin contar que el libro entero es hijo de un muy refinado arte moderno a saber, el montaje literario que toda la literatura latinoamericana aprendió de los surrealistas franceses.

María Esther Gilio, por su parte, viene buscando también una nueva forma literaria que encabalgue el reportaje, el documento y una suerte de ficción que permita ahondar más en la realidad. Ese es el libro en que trabaja, sobre la espectacular fuga de los tupumaros de la cárcel de Montevideo, el año pasado, tratando de alcanzar más verdad mediante una apelación a la literatura. Porque en definitiva es ésta, en sus plurales formas, la que refleja, interpreta e inventa la realidad. Y si todavía no lo ha concluido, es porque la vida en Montevideo es seguramente más peligrosa que en México y Elena Poniatowska no ha tenido que pasar, como María Esther Gilio, por el intento dinamitero que le ha volado parte de su casa en una acción de las bandas fascistas uruguayas.

Mientras tanto, en una zona que diríamos intestinal de la cultura, colindante con el periodismo y con formas tradicionalmente estimadas vulgares, al servicio de una demanda inmediata y urgente, manejando recursos que muchos cultos se enorgullecen de despreciar, hay en América Latina dos mujeres que de tan descuidados parajes culturales intentan extraer una renovación original del arte literario.